

SOBRE *MONÓLOGOS CON LA SE-30*,
DE ROSA DÍAZ

Por ROGELIO REYES CANO

A estas alturas de la vida y de tantos libros leídos uno no sabe ya muy bien si es o no verdad aquella famosa afirmación de Buffon de que “el estilo es el hombre”. Lo que sí tiene es la firme convicción, asentada en esa misma experiencia de lectura, de que el verdadero estilo literario es siempre hijo de la personalidad del autor. En el mundo de la creación literaria, como en todos los órdenes de la vida, los escritores-y muy especialmente los poetas-se dividen en dos grandes grupos: los que tienen y los que no tienen personalidad, es decir, los que poseen una voz propia, un sello distintivo, y los que, sin ser necesariamente malos escritores (no estoy hablando ahora de calidades), dejan en el lector la impresión de seguir unos cánones muy trillados, muy faltos de pulso innovador, en la estimación lírica de su tiempo. La clave puede estar en la singularidad de la escritura poética (en verso o en prosa, que tanto da), tan diferente a la escritura estrictamente literaria (en prosa o en verso, que tanto da también). Juan Ramón Jiménez estableció una distinción muy lúcida entre lo que él llamaba “poesía” y lo que él llamaba “literatura”. La poesía – dijo- es siempre “la expresión de lo inefable, de lo que no se puede decir, de un imposible”, y la literatura sería “la expresión de lo fable, de lo que se puede expresar, algo posible”. Yo estoy enteramente de acuerdo con esa aguda matización del poeta moguerense, de la que se deduce que, frente a la literatura, la poesía – en esa siempre dramática

lucha por expresar lo inexpresable- sería, por lo tanto, la plasmación del mundo espiritual del escritor en su más alto grado, la suprema destilación de su individualidad más propia. Y por eso escribió también Antonio Machado que la poesía no puede ser en último término otra cosa que “una honda palpitación del espíritu : lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta al contacto del mundo”

“Con voz propia”, es decir con un acento personal y distintivo, que es donde siempre reside la clave de la verdad poética. La historia literaria está llena de ejemplos que corroboran muy bien la famosa distinción juanramoniana, de modo y manera que , llevándola a las últimas consecuencias, cabría deducir que ha habido grandes poetas de acusada personalidad lírica, y otros que, sin desmerecimiento literario alguno, han carecido de esa fuerza distintiva y singular que los hace especialmente atractivos. Gonzalo de Berceo fue un importante escritor, pero no tuvo la chispa poética del vitalista y socarrón arcipreste de la villa de Hita. Ni los versos de Juan de Mena, producto del más docto humanismo de su tiempo, pudieron competir con la airosa y a la par sobrecogedora ligereza de los de Jorge Manrique, Garcilaso, Fray Luis y Juan de la Cruz tuvieron un álitio que el cultísimo Fernando de Herrera no pudo alcanzar jamás. Y Lope y Bécquer y García Lorca, y tantos otros cuya poesía nos ha golpeado a todos con un aire personal inconfundible. No se trata –insisto– de hacer distingos de calidades, sino de resaltar el valor que en la creación poética tiene siempre la originalidad, la nota personal y diferenciada.

Y esa nota es, sin la menor duda, lo primero que yo he visto siempre en la poesía de Rosa Díaz: un punto de autenticidad que salta a la vista, un aire de espontánea veracidad y a veces hasta de incontrolada compulsión que la hace creíble, que la aproxima a nosotros y la hace diferente y reconocible, inequívocamente suya. No digo mejor ni peor sino distinta, suya, lo que no es pequeña virtud en medio de un panorama poético enseñoreado por la monotonía y la repetición. Es cierto que el nivel medio de la escritura poética en España es muy digno, y que en términos generales hoy se escribe con mucha compostura técnica, pero quienes no somos poetas y amamos y estudiamos la poesía echamos en falta, con más frecuencia de lo deseable, voces líricas personales que se salgan de

esa sosegada discreción. Discreción que significa sujetarse en exceso a los caminos trillados, a una tópica formal y temática que, por insistente, empieza ya a oler demasiado a rancio. Eso se detecta muy bien cuando uno participa como jurado en alguno de los muchos premios literarios que se otorgan en nuestro país. Uno sale de ellos con la convicción de que la gente no arriesga, no se atreve a ser fiel a sus voces interiores, y el resultado suele ser una discreta y correcta repetición de fórmulas consagradas. No hay que extrañarse de esto. La historia de la poesía está llena de aburridos amaneramientos, por mucho decoro formal que tengan, por mucha pulcritud con que los poemas se ejecuten.

Pues bien, yo creo que el segundo mérito de la poesía de Rosa está precisamente en su audacia, en su voluntad innovadora, en el cambio de registros y modos poéticos, en su apuesta por el riesgo y en su resistencia al amaneramiento, al aburrido ejercicio de sus propias reiteraciones. Creo que eso ella lo tiene muy claro, y así me lo ha confesado en una ocasión: “la primera obligación de todo escritor –me dijo hace pocos días– es no aburrir al lector”. E inmediatamente añadió: “pero para conseguir eso es imprescindible primero no aburrirse una misma cuando escribe”. Exacto. No aburrirse uno mismo significa ser fiel a su verdad interior, a sus demandas más íntimas y a la natural evolución de su visión del mundo. La clave de la variada – aunque no errática- trayectoria poética de Rosa Díaz –salpicada de libros de muy diferentes temas y tonos- está justamente, me parece a mí, en esa desenfadada fidelidad a sí misma, por encima o al margen de modas poéticas o de canónicas estimaciones de la crítica “poéticamente correcta”. Y ese desenfado con que ella afronta y da salida a sus propias demandas y contradicciones interiores no es sólo la consecuencia de una actitud vital; es también una actitud poética, es decir, de talante de escritura, de modo de escribir. Y yo diría más: hasta un modo de estilo, ese aire fresco, ágil, vibrante y desenvuelto, vivísimo, y sin embargo grave en lo más hondo, de sus poemas, trufados de aceras ironías y de sutiles guiños de humor, compañeros de un sano cinismo defensivo que puede ser amargo pero casi nunca triste, duro pero casi nunca pesimista. Su poesía, desenvuelta y vital, parece ser la expresión de un talante existencial que oculta autoengañosamente el dolor del mundo tras la máscara de la estética, pero

que no logra desterrarlo del todo. Que afronta con fría lucidez ese desamparo transformándolo, como mal menor, en palabra poética.

No puede sorprendernos, por lo tanto, que el libro *Monólogos con la SE-30* se abra con una cita de la propia autora que dice así: “La vida si no la conviertes en arte, acaba convirtiéndose en una estupidez”. Inmediatamente matizada por otra de Rilke que pone sordina a esa afirmación: “Lo bello es nada más que el comienzo de lo terrible”. Y se cierre con estos cuatro versos del último poema, que vienen a ser la síntesis de esos dos pensamientos:

*En fin. La verdad, es que hay que vivir
con la lanza de Longino puesta como
si fuera una pincelada del Divino
Morales.*

Entre esas dos referencias se articula un libro breve (de 40 poemas, algunos de ellos muy cortos) escrito en una forma métrica muy libre , una sintaxis desenvuelta y de aire coloquial y un léxico de una llaneza culta. Con un esquema prosódico muy cercano a la prosa, despreocupado en apariencia de la obsesión por el ritmo versal, pero sujeto a un rigor interno que la aleja del riesgo del prosaísmo. Su primer hallazgo está, creo yo, en su mismo título, que no deja de sorprender por la aparente contradicción que encierra. El término *monólogo* parece exigir la preposición *de* y no la preposición *con*, que en cierto modo desnaturaliza su verdadero significado. Recordemos el título de la novela de Manuel Halcón: *Monólogo de una mujer fría* . Y aunque un monólogo (hablar uno solo) no tenga por qué coincidir con un soliloquio (hablar con uno mismo), en la práctica ambos vocablos sugieren ausencia de verdadera interlocución, es decir, de auténtico diálogo. No se monologa *con*; en todo caso, como en el verso de Machado, conversar con uno mismo es un primer paso para hablarle *a* alguien, que no es, obviamente, hablar *con* alguien : “ Quien habla solo espera hablar *a* Dios un día”.

Rosa Díaz eso lo conoce muy bien y sabe perfectamente, por lo tanto, que hablar con la SE-30 es más bien “hablar a la SE-30”, que en verdad significa hablar consigo misma. La supuesta impropiedad semántica del título queda así borrada por su absoluta propiedad poética, que es la que en definitiva cuenta en la comunica-

ción lírica. Porque la SE-30 como imagen de la vida no es aquí otra cosa que un feliz hallazgo de la figuración poética, un símbolo de la modernidad, de la actualidad más rigurosa, que subraya la condición itinerante del sujeto que escribe para sí mismo, que habla consigo mismo y que se interpela a sí mismo en una implacable operación de desdoblamiento y aut meditación. Operación protagonizada por el hombre de nuestro tiempo, del hoy sevillano y universal, en este caso por la mujer que encara valientemente el sentido de su propia vida. El libro es deliberadamente meditativo y confesional, pero nada sosegado, lejos, por lo tanto, de esa suave andadura rítmica, heredera de la cadencia lírica cernudiana, que con frecuencia se está convirtiendo ya hoy en un modelo poético algo amanerado y monótono. Por el contrario, la nota rítmica dominante en el texto es la variedad en la disposición de las unidades sintácticas, la ausencia de un único modelo monocorde. Transitar la SE-30, recorrerla, interpellarla... viene a ser figurativamente el mecanismo lírico que da unidad y posibilita el verdadero sentido de todo el poemario, que en esencia no es más que una desenfadada pero implacable autorreflexión crítica, un recorrido lúcido por la memoria biográfica de la autora en medio de los signos deshumanizantes de nuestro tiempo, simbolizados en la gran arteria para los automóviles que rodea la gran ciudad y que supuestamente "nos lleva a todas partes". Pero también nos lleva

...a la comida basura. A la prisa. Al mundo que pone de moda a los clochard. Donde los ecologistas sacan su escuálida bandera y enseñan sus pobres incisivos al mundo de las excavadoras y el dinero, y a la tremenda higa que éste les hace.

La SE-30 será asimismo la imagen itinerante de la decadencia vital, de los crueles estragos del tiempo :

*VENÍAS DE LAS GUARIDAS DE LOS
LEONES Y DE LOS LEOPARDOS
Cuando te sentabas junto a nosotros
como si tal cosa. Pero han adelgazado*

tus labios. Tu pelo es puro desastre del color y empiezas a no estar bien contigo misma. Y todo, porque en el espejo manda la que era verdaderamente malvada, es decir, la Blanca Nieves, y tus arreglos han pasado a ser un magistral capítulo de restauraciones.

Y hasta ocasión para el recuerdo que se resuelve una y otra vez en sarcasmo :

EN LA COCINA EL HERVOR DE LAS OLLAS, EL NIÑO CHICO

enciende la luz del horno. Se ríe, hace palmitas y se deja abrazar por toda nuestra sangre. Por toda la expresión del grito añejo. De los inevitables ayes humildemente absueltos en la boca, para alejar el llanto de los niños y equipararse al agua, al pan, a la ternura.

No tuve tiempo de escribir. Apenas leía algo. Iba de Espinoza a Pascal, hacía flanes de huevos y leche frita, mi ordinaria nevera tenía sorpresas para golosos.

También, cómo no, había su migajita de arsénico para esa muerte por entre-gas que es la vida.

Detrás de esa frescura coloquial, de ese desgarrado desparpajo, de esa encantadora desenvoltura estilística, hay en el libro una veta culturalista tanto más atractiva cuanto más inteligentemente armonizada con sus aparentes contrarios. Y este encaje es, sin duda, una prueba de oficio poético y de madurez . Un recuento apresurado nos pone ante los ojos un sustrato de lecturas que van

desde el *Cantar de Cantares* de Salomón hasta José Hierro y Luis Antonio de Baena, pasando por Sócrates, los poetas de la Sevilla musulmana, Shakespeare, Espinoza, Pascal, Jorge Luis Borges... y tantos otros. Y el mundo de la pintura (Tiziano, Fortuny, Rico Cejudo, Degas, Kandisky...); y el de la moda (Nina Ricci, Victorio y Luchino...); y sobre todo el del cine, el de los héroes y heroínas de la pantalla que han marcado la vida y los ideales de nuestra generación (Bogart, Holden, Marylin Monroe...)

Nombres y referencias que sería erróneo interpretarlos como simple alarde de erudición. Más me parecen la expresión de una cultura nada libresca, asimilada e integrada en la personalidad de la autora con la misma naturalidad con que se integran las más ordinarias vivencias cotidianas, y por eso mismo conviven en el poema sin diferencias de rango. Ambos ingredientes – las vivencias cotidianas y las vivencias culturales– se someten al mismo principio de depuración y concentración expresivas que es, a mi juicio, el mayor mérito literario del libro. Ojo con su espontaneidad de signo coloquial, con su facilidad, con su frescura, con su desgarro, con sus salidas compulsivas... No hay que engañarse. Lo que hay detrás de ese modelo estilístico no es una irresponsable facilidad, sino el trabajo riguroso y la autoexigencia profesional de una escritora que tiene ya el oficio muy bien aprendido y muy contrastado por una larga cadena de títulos. Por eso los poemas están sometidos a una labor de concentración intelectual y depuración expresiva. Son textos reflexivos pero no discursivos, quintaesenciados, aligerados de anecdótico, a la búsqueda del sintagma que resume y concentra el mensaje esencial del poema, que a veces restalla con lúcida brillantez. Así sucede sobre todo en los poemas más breves:

CONFIESO QUE :

La palabra vivida me ha ido desgastando restauradoramente.

Que sigo condenada a este fuego perverso que es la vida y que mi hacienda es dura:

*Siempre he venido de mi propio reino
y siempre fui mi propia disciplina.*

.....

*EN CUANTO A LA POESÍA, NO LA NOM-
BRÉIS*

*ni le deis a comer palabras dóciles por-
que Ella no existe.*

*Aunque a veces alguien pasa y la tierra
entera se acomoda en ese lado izquier-
do de su pecho.*

Prueba de madurez poética es también la capacidad de Rosa Díaz para desarticular conceptualmente los poemas jugando sabiamente con los contrastes irónicos o sarcásticos, eludiendo así el peligro de la monotonía y provocando al lector con una súbita superposición de contrarios, de planos de significación antitética que dinamizan el texto en una suerte de *collage* cinematográfico. Superposición que refleja, sin solución de continuidad, las impresiones de la conciencia de la autora, que en ese recorrido mental por la SE-30 va recorriendo, como en una suerte de automatismo psíquico, a los recuerdos de sus experiencias existenciales, internamente recreadas y friamente analizadas con la ayuda de la ironía o del sarcasmo. Esa especie de violenta “armonía de contrarios” es, sin la menor duda, otro de los aciertos del libro, y un signo de su fuerza expresiva y de su lucidez poética. De ese modo, y aunque la obra posea una unidad de intención muy clara, cada poema se revela en sí mismo como un hallazgo único en el que se sustancia un descubrimiento emocional apoyado casi siempre en la profunda y paradójica identidad de todo lo vivido. Veamos sólo el contraste entre los primeros versos (que aparecen en mayúsculas a manera de supuesto título) de un poema y los que vienen inmediatamente después:

*SI DIOS ME CONCEDIERA ESCOGER
ALGUNA FRUSLERÍA DE ESTE MUNDO,*

*ESCOGERÍA LA PERSEVERANCIA PORQUE
CON ELLA SE LLEGA A TODAS PARTES...*

*Y sobre todo se ganan oposiciones. Te
haces funcionaria pública, que es como
casarte con el estado pero sin posible
divorcio...*

Ese mismo contraste lo podemos ver también entre los arranques de dos o más poemas sucesivos, que deben ser leídos en interconexión para entender sus juegos intertextuales. Así los dos primeros textos del libro, inspirados en el *Cantar de Cantares* (*TU BOCA ERA COMO EL MELOCOTÓN MADURO DE SU HUERTO Y TU PELO COMO EL ALA DE LOS CUERVOS...*, o

VENÍAS DE LAS GUARIDAS DE LOS LEONES Y DE LOS LEOPARDOS) marcan llamativas diferencias expresivas con el tercero, que empieza así: *PIENSAS EN LA SILICONA Y EN LA BOCA PERFECTA DE MICHELLE PFEIFFER*.

En fin, estamos ante un libro lleno de hallazgos expresivos y de atractivas propuestas. Que tiene un aire de provocación y un vitalismo que no puede dejar indiferente a nadie. Porque por encima de todo posee varias cosas que son para mí sus mejores credenciales: un aliento personal inequívoco, un tono propio, una gran fuerza expresiva y un aire de hoy. En una palabra: personalidad.